



EL VIAJE EN SOLITARIO, DE MIGUEL ÁNGEL BRITO

ELSA LÓPEZ

Hace años dije de él que los colores en su obra son algo más que colores, son alusiones a personas o momentos que tienen sentido para él y, por derivación, para nosotros. Los cuadros de este pintor son una mirada indiscreta, un guiño para el espectador; porque su pintura está llena de componentes que uno puede reconocer y hacer suyos a pesar de su aparente indiferencia con el mundo que les rodea. Los objetos, animales y personas que el pintor ha querido mostrarnos intentando darles un significado, han dejado de ser una excusa primaria para convertirse en elementos simbólicos. Todos ellos encierran un valor determinado para el autor y los espectadores de su obra. Sus excusas fundamentales son peces, gatos, cabras, y el paisaje que está por encima de la mirada cotidiana; un paisaje más inventado que real.

En la nostalgia de Miguel Ángel Brito hay peces voladores, meros, sargos ondulados confundidos con la tierra. Y la tierra se ha transformado en agua y el agua se ha convertido en parte del cielo. Y hay vacas, toros sin ganadería, toros agresivos con las patas a punto de enterrarse en la arena de una playa casi ruedo; toros sin mirada ensartados al mar, a las orillas que no son nunca orillas porque se difuminan con la tierra, con las rocas, y con la mirada que sí lo es: la humana. Hay playas de arena azul y aguas transparentes; playas vacías con gatos sumergidos; gatos trepadores de mirada redonda, adormilados sobre rocas que surgen del mar y son casi olas; gatos sin mirada, con mirada, encerrados en la luna, cabras que son árboles y árboles sin paisaje; paisajes, bodegones y barcos a la deriva. Porque las excusas de Miguel Ángel Brito son pura nostalgia; una mirada nostálgica sobre la isla de La Palma, su tierra natal, y sobre las cosas que en ella existen.

El tiempo ha venido a confirmar la lectura que hice entonces de sus cuadros. El pintor ha crecido, ha configurado un mundo especial lleno de luces nuevas, de colores nuevos que inventa y reconstruye para plasmarlos en los lienzos. No sé muy bien qué pasa por su cabeza o por sus venas, pero sí sé que

en sus manos los colores adquieren proporciones inimaginables. Que los colores forman parte de su visión del mundo y que el mundo sin él perdería la ocasión de una paleta de colores con tales posibilidades de volver a recrearlo. Cuando pinta peces, los peces tienen forma de peces pero miran y se deslizan por el agua o por tierra como si fueran pájaros; y si pinta pájaros éstos bucean por el verde como si fueran peces. Y si lo que pinta es el agua no hay agua más parecida al aire. Y no lo hace conscientemente sino que surge de sus pinceles de una manera natural, casi real, como si todo eso lo viera su retina y ésta estuviera llena de ese mundo nuevo que el artista reconstruye para nosotros. No hay esfuerzo en esa reconstrucción; hay solo una necesidad de darnos lo que posee, y lo hace de la única manera que el pintor sabe hacer: a través de los pinceles.

En casa tengo una pecera vacía y dentro un pez de colores que Miguel Ángel Brito me pintó una vez. No hay nada tan absurdo como esa pecera sin agua y ese pez de papel navegando dentro de ella pero, al mismo tiempo, no hay nada más real y más conmovedor que ese pez de colores que me mira detrás de los cristales redondos. Esa imagen es todo un símbolo de la creación de este artista capaz de navegar en solitario por las resacas de una isla que vive de espaldas al mar; un artista que nos recrea con sus pinceles la realidad que soñamos, no la que vivimos.

Ahora nos ofrece de nuevo una muestra de cómo ve el mundo. De qué forma y de qué colores es esa parte del mundo que nos entrega. Ya no hay peces, ni estanques ni océanos con animales suspendidos del aire o de la magia del agua; ahora son otras islas con la forma de ciudades ausentes, invariablemente vacías,



como peceras transparentes en las que sumergirnos. Las ciudades están ahí. Se intuyen aunque no se vean, como extraños fantasmas que emergen detrás de la niebla. Esas ciudades vuelven a ser océanos de colores, vidas anegadas por el aire que el creador inventa y que tanto se parece al agua por donde navegaban sus peces de ojos redondos y acristalados. Un día me condujo a esas ciudades y al llegar a su estudio y mirar las carreteras que a ellas me conducían tuve ese estremecimiento que provoca la belleza. El silencio que se hizo entre los dos estaba repleto de señales que yo tenía que interpretar porque lo que estaba claro era que Miguel Ángel Brito nada iba a explicarme. Solo la obra era capaz de hablar por ella misma.

El silencio que se produce siempre que me enfrento a su pintura es una forma inquietante de hacerme partícipe de un mundo del que él es el único dueño. Porque sus respuestas están siempre ahí, en los lienzos, y yo tengo que aprender a leer en sus lienzos, no en sus labios. Nada va a explicarme que no esté dicho en ellos. Y esa lectura, como ahora hacemos delante de esta obra, la tenemos que hacer en la soledad del que mira y entiende lo que los cuadros dicen. En esta nueva exposición cabe la necesidad de quien la contempla de conocer qué nos quiere contar en sus cuadros; qué quiere expresarnos; para qué mostrarnos una realidad que, en una primera mirada, pensamos que es solo suya no la que vemos en la vida diaria sino la que él desea que veamos y que ha sido apresada por sus pinceles. Solo por ellos. Quizá por eso la sensación de soledad que provoca la visión de su pintura sea tan intensa.

El pintor crea mundos nuevos por los que deambula acompañado únicamente de su imaginario particular en el que nos permite entrar algunas veces para participar de esa belleza, lo que no impide que continúe su viaje en solitario. Y si alguna vez hemos llegado a entender ese mundo y hemos viajado por él cogidos de su mano, al final hemos tenido que concluirlo sabiendo que esa soledad es tan inmensa como inmensas y solitarias son las carreteras y los fondos marinos que inundan su alma; las autopistas que conducen a ninguna parte; las ciudades que éstas cruzan o que aparecen al final de ellas y que están reflejadas o sumergidas o navegan sobre puentes, canales y mares que, como espejos, reflejan cielos multicolores en los que acaban de estallar miles de fuegos artificiales. Como inmensos son los horizontes que van quedando atrás; los edificios que emergen como fantasmas entre las farolas misteriosamente encendidas; los mundos que parecen desvanecerse y que surgen misteriosamente iluminados. La misma soledad que hemos sentido alguna vez y no hemos podido expresar o no hemos sabido hacerlo; lo mismo que nos ha sucedido con los colores que alguna

vez hemos creído contemplar.

Los personajes que retrata, igual que sucede con los paisajes, tienen una característica que los asemeja: la postura de lo atemporal, de lo que no tiene un tiempo en el que situarse; de lo que no tiene rostro ni mirada en la que perderse aunque podamos reconocer al retratado por un simple ademán o una posición determinada. Porque Miguel Ángel Brito no retrata gente; retrata los sentimientos, las inquietudes de unos personajes que se muestran desamparados y tan solitarios como aquel que los retrata. No hay escenarios ni escenas en los que estén inmersos. Nada importan los objetos que los rodean. Solo importan ellos, su actitud interior, su desolación frente a un plato, unos almohadones o unas botellas transparentes.

Yo amo de él la capacidad que tiene para enseñarme el mundo que ve y para hacérmelo ver a mí. Amo de él la tristeza que me transmite; la belleza que me obliga a contemplar. Amo de él la capacidad que posee para hacerme entrar en ese universo tan distinto, tan mágico y tan real al mismo tiempo.

MIGUEL ÁNGEL BRITO. Nacido en Santa Cruz de La Palma en 1973. Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna, en la especialidad de pintura.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES: 2000: Casa de Jorós. 2001: Ateneo de La Laguna. Club de Prensa Canaria, Las Palmas de Gran Canaria. 2002: Nuevo Real Club Náutico de S/C de La Palma. 2004: Colegio de Abogados de S/C de La Palma. EXPOSICIONES COLECTIVAS: 1995: Casa Salazar. 2000: Sede de la UNED de Santa Cruz de La Palma. Aeropuerto de Mazo. Compagina la actividad creativa con la enseñanza.